

DIOS ES FELIZ DÁNDOSE

BIBLIOTECA HERDER
Dirigida por Francesc Torralba

JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO

DIOS ES FELIZ DÁNDOSE

Esbozo de una teología espiritual

Traducción del catalán de
ANTONI MARTÍNEZ RIU

Herder

Título original: Déu és feliç donant-se
Traducción del catalán: Antoni Martínez Riu
Diseño de portada: Purpleprint creative

© 2015, Josep Maria Rovira Belloso
© 2016, Herder Editorial, S. L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-3429-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: XXXXXXXXX
Depósito legal: B - XXXX - 2016
Printed in Spain - Impreso en España

Herder
www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Presentación.....	9
-------------------	---

PRIMERA PARTE

LA ESPIRITUALIDAD:

HABLAR BAJO LA LLUVIA FINA DE LA PALABRA

Introducción.....	13
Preludio. «Aurora»	15
1. Discernir.....	21
2. Trascender.....	25
3. Recibir	31
4. Disfrutar.....	37
5. Compadecer.....	45
6. Trastornar.....	51
7. Impacientarse.....	57
8. No saber.....	63
9. Cantar.....	73
10. Agradecer	81
Corolario. Atreverse	87

SEGUNDA PARTE
Lenguaje divino y lenguaje humano

Introducción	93
1. La peculiaridad de la Palabra de Dios envuelta, en el tiempo, en palabra humana.....	95
2. Cinco temas de la persona humana que vive en la Palabra de Dios.....	103
3. Comunicación y revelación en el lenguaje del Evangelio.....	117
4. La persona humana bajo la Palabra de Dios	123

TERCERA PARTE
La fe en Jesús según los capítulos 7 y 8
del Evangelio de san Juan

Introducción	129
1. Diez observaciones previas	131
2. Contenidos de los capítulos 7 y 8 del Evangelio de san Juan	143
Epílogo. ¿Es útil la teología? La teología ayuda al Pueblo de Dios	147
Bibliografía	151

PRESENTACIÓN

El lector verá que este libro se estructura en tres partes. La primera recuerda mucho a una entrevista, pero en realidad se trata de una obra «a cuatro manos», y así la llamo en la Introducción.

Ahora bien, esta larga, pensada y a la vez improvisada «entrevista» a la que me refiero tiene dos fundamentos que la sustentan. Son, respectivamente, dos trabajos, uno del 2012 y otro del 2013. El primero, que lleva el título de «Llenguatge diví i llenguatge humà», se publicó en sus dos primeros puntos en *Qüestions de Vida Cristiana*.¹ El otro es un trabajo que, para mí, ha sido muy necesario hacer. Se trata de «La fe en Jesús, segons els capítols 7 i 8 de l'Evangeli de sant Joan». Digo que se trata de un trabajo que me ha sido necesario hacer porque tenía que explicarme a mí mismo unos textos de difícil comprensión y que a la vez son imprescindibles, porque en ellos se proclama la fe como una actitud viva y abierta de corazón ante Dios. Las figuras que desfilan en estos textos, y que para el evangelista son emblemáticas, continúan siendo la Virgen María, el discípulo amado, María Magdalena y el apóstol Pedro: las figuras de la fe.

1. J. M. Rovira Bellosó, «Llenguatge diví i llenguatge humà», *Qüestions de Vida Cristiana* 248 (2014), pp. 103-121.

De manera que estos dos trabajos, estas dos «reflexiones meditativas» que conforman la segunda y la tercera parte de este texto serían, hablando académicamente, los *subsidia*, los «refuerzos», los fundamentos que a manera de trama esencial sostienen el edificio de la entrevista que se lee en la primera parte.

Josep Maria Rovira Belloso
El Desert de Sarrià

PRIMERA PARTE

LA ESPIRITUALIDAD:
HABLAR BAJO LA LLUVIA FINA
DE LA PALABRA

INTRODUCCIÓN

Esta primera parte es una obra «a cuatro manos». El lector debe imaginar que en una silla se sienta alguien que preferentemente se encarga de la «construcción del discurso» y en la otra, alguien que lo redacta, en este caso, mi amigo Santi Pau Bertran.

No es este un «libro de entrevistas» convencional, entretenido o adornado, pero tampoco es un «libro de tesis». Los contenidos se han desdoblado a su aire en diez conversaciones —«diez infinitivos verbales»— en las que los dos interlocutores hemos procurado simplemente «ejercer el oficio de cristianos» con las herramientas que cada uno de nosotros tenía a mano: siempre bajo «la lluvia fina», hemos rezado y reflexionado en voz alta, intentando conocer a Jesús, intentando conocer a Dios; hemos recordado las palabras en las que creemos y hemos procurado averiguar por qué puede sentirse uno tan enamorado de la buena noticia que nos anuncia que Jesús ha venido desde la eternidad a nuestro tiempo.

Como estas páginas son fruto de un hablar coloquial, el lector no deberá olvidar que constituyen simplemente un trabajo de meditación, con todas las imperfecciones que pueden tener los libros de este tipo.

Mano a mano, los autores invitan a los lectores a participar en un diálogo en el que, estructurado en diez movimientos y con variaciones sobre cuatro temas —la *reflexión*, la *teología*, la *espi-*

ritualidad y la *oración*—, se ha intentado rezar teológicamente o hacer teología rezando, puesto que a estos cuatro grandes temas se ha accedido, por así decir, de una manera «pericorética», esto es: de modo tal que a veces el pensamiento cede el paso a la teología y a veces la teología cede el suyo a la oración, mientras que otras veces es la espiritualidad la que ejerce de aurora de la reflexión, encendiéndola.

PRELUDIO

«AURORA»

Domus aurea

Me gustaría empezar este trabajo cambiando el orden que suelen seguir los libros piadosos, que solo hacia el final acostumbran a recordar a la Virgen María, como si este recuerdo fuera un ritual, un trámite o un simple «quedar bien»; como si únicamente antes de terminar, y algo así como «deprisa y corriendo», nos estuviera permitido acordarnos de la Madre de Dios.

Pues bien, de ella quiero hablar aquí antes que nada, con anterioridad a las páginas que vendrán y de una manera plenamente «auroral». Por eso iremos al Génesis y leeremos un fragmento, que ahora contemplo desde una perspectiva distinta de la que para mí tenía cuando era estudiante. Se trata del llamado «fragmento de las excusas»: Adán se excusa en Eva, Eva se excusa en la serpiente y el reptil se excusa en la naturaleza. Pero también Dios tiene algo que decir a todo ello (Gn 3,14-15):

Por haber hecho esto, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu vientre te arrastrarás y polvo comerás todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; este te aplastará la cabeza y tú le acecharás al talón.

En mis años de estudiante en Roma, este fragmento se consideraba «mariano» en cuanto no solo se refería a Eva, sino a toda su

descendencia, que llega hasta María, hasta Jesús y hasta nosotros mismos. Creo que en aquel tiempo no acabé de entender esto, al menos no de la manera como lo veo ahora.

Ahora considero que en la entrega de María, en su abrirse y darse a Dios, también está incluida, de una manera inevitable, la entrega a los demás. La prueba es que, después de escuchar la anunciación del ángel, María fue de prisa a las montañas de Judea para visitar a su prima Isabel, que la necesitaba porque estaba embarazada de seis meses. Como podemos ver, solo hay una cosa —el amor— en la raíz de la entrega a Dios y del darse al prójimo, y es que, en efecto, la fe siempre está unida al amor.

Efectivamente, ahora puedo ver con mucha más claridad que antes hasta qué punto llegó María a unir su fe y su amor con este espíritu de lucha del que ya habla el profeta Isaías cuando se enoja frente a una actitud «quietista» o miedosa:

Respondió Ajaz: «No la pediré [la señal] y así no tentaré a Yahveh». (Is 7,12)

Pues *para eso* vino precisamente María, para ser señal.

El Señor mismo os dará una señal, mirad: la doncella está encinta, va a dar a luz un hijo, y le pondrá el nombre de Emmanuel. (Is 7,14)

Por utilizar una expresión tradicional y habitual hace unos años, diríamos que la actitud de María desencadena la lucha contra «el mundo, el demonio y la carne». El indicio, la prueba, la señal, la palabra o el anuncio de que las cosas de alguna manera han sido así está dado por el hecho de que Jesús mismo dirá:

En el mundo tendréis tribulación; pero tened buen ánimo: *yo he vencido al mundo*. (Jn 16,33)

Y así llegamos a la pregunta: «¿Es lucha la vida?». El libro del Apocalipsis nos dice que sí, que es la lucha para vencer el mal del mundo:

Fue arrojado el gran dragón, la antigua serpiente, el que se llama Diablo y Satanás, el que seduce al universo entero». (Ap 12,9)

Con su «sí», con su «hágase», María echa, expulsa el mal del mundo y nos libera de todas nuestras esclavitudes, nos libera de las «manos de los enemigos». Esta es su batalla pacífica. Aquí es donde su fe se une al combate del que habla Job:

¿No es milicia la vida del hombre en la tierra? ¿No son sus días como los de un jornalero? (Job 7,1)

Se trata, por cierto, de la misma lucha, del mismo jornal que el de Jesús y que el nuestro.

La vida no es en modo alguno una «gnosis seudocelestial», ni es tranquila como una tarde de familia feliz: ¡no, no lo es! Es misión. Es la misión de traer, difundir o comunicar la liberación y su noticia, es «poner en práctica» la evangelización, y esto quiere decir hacer llegar la compañía que tenemos en Dios a todo el mundo: a todos los que amamos y a todos los que aún no amamos.

Así es como ahora contemplo esta lucha de la descendencia de Eva, que es María: aquella «niña vestidita de azul» —utilizando, si queréis, una imagen romántica— resulta ser una persona, además de hermosísima, mucho más consciente, grande y valiente de lo que escondía o disimulaba su apariencia de niñez privilegiada, ya que, en silencio y sin contemplaciones, dirige el gran combate de nuestra liberación porque solo nos quiere de una única manera: «sin temor, en piedad y rectitud» (Lc 1,74).

El Cantar de los Cantares expresa magníficamente esta unión de hermosura y fuerza pacífica:

¿Quién es aquella que se alza como la aurora, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como ejército formado bajo las banderas? (Cant 6,10)

Por eso también es la llave de la torre de David, para que sea para nosotros la gran luchadora pacífica que, amaneciendo como el alba, nos hace ver la luz de la paz, de la libertad, de la compañía de Dios, de su bendición y de su salvación. Aunque, para llegar a esta salvación, habrá sido necesario que antes hayamos atravesado el túnel de la muerte, puesto que solo así conseguiremos poder ser de nuevo los compañeros, los amigos o los enamorados de aquel Jesús que nos quiere llevar en hombros, como a la oveja perdida, hasta el amor infinito del Padre.

Este fragmento que hemos tomado del Génesis es como un aviso, como una promesa de que todo lo que ha de venir ha de concluir en algo tan simple como el hecho de estar con Cristo, que tiene los ojos puestos en el Padre; así es, esta es nuestra salvación y el sentido de nuestra vida.

Pues bien, este es el sentido que me gustaría encontrar en cada una de las páginas que siguen, porque el sentido siempre empieza con la claridad humilde de la presencia de María, que desde el fondo del corazón de la casa de Nazaret llena todo el universo. María, la precursora de Cristo, nos conduce de este mundo a la misericordia infinita del Padre.

Si conseguimos unir este fragmento del Génesis con el de la casita de Nazaret — «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38)—, tendremos una visión diáfana y simple de lo que puede significar recibir la buena noticia: se trata del «doble paso» que da Jesús —del Padre al mundo y del mundo al Padre— para venir a buscarnos.

Y en todo este asunto María también da pasos, que son siempre paralelos a la figura precursora de Juan Bautista. Como él, también ella es precursora de esta especie de gran «peripecia», que es ser benévolo y humilde de corazón.

¿Queréis ser benévolos y humildes de corazón? Pues adelante, no hace falta que sufráis o que os angustíéis o que os canséis, porque de muchas maneras y en muchas ocasiones nos será dada la visión cristalina del don que ha sido para nosotros la venida de Jesús al mundo, su buena noticia, su evangelio.

1

DISCERNIR

En Jeremías 15,19 leemos:

Por esto así dice Yahveh: «Si te conviertes, te permito volver, podrás estar en mi presencia; si separas lo precioso de la escoria, serás como mi propia boca. Ellos se volverán a ti, tú no te volverás a ellos».

«Si separas lo precioso de la escoria», es decir, si separas lo que vale de lo que no vale..., serás mi portavoz. Esto llama mucho la atención.

¿Por qué? En primer lugar porque Dios, por así decir, lo hace todo. Dios es el todo que lo hace todo y en Él vivimos y nos movemos y somos, y por tanto nuestra actitud es preferentemente receptiva con respecto a su acción.

Pero aquí se nos dice que tenemos que hacer algo, que algo nos ha sido reservado y este algo es discernir lo que vale de lo que no vale, porque esto es sabiduría para la vida.

¿Qué es lo que vale? Vale la comunión, la comunión con el Padre y el Hijo en un mismo Espíritu.

¿Qué es lo que no vale? No vale, por ejemplo, la indiferencia o la duda o el perderse en cosas laberínticas.

O hay comunión o hay laberinto, y aquí lo que vale es todo lo que nos traerá comunión. Por ejemplo, la oración. La oración es

el medio «normal» de entrar en comunión con el Padre y el Hijo en un mismo Espíritu.

San Pablo, en los Hechos de los Apóstoles (Hch 20,32), dice espontáneamente una frase trinitaria en sentido implícito: «Ahora os dejo encomendados al Señor y a la palabra de su gracia». Una traducción libre, pero de hecho fiel, se entendería «trinitariamente» así: Os confío a Dios Padre y a su Palabra llena de la gracia del Espíritu Santo.

La frase termina de este modo:

[...] que tiene poder para edificar y concederos la herencia con todos los santificados.

Literalmente, Pablo encomienda los fieles a Dios Padre a través del *λόγος* (*logos*), la palabra de la Gracia, es decir, el *λόγος* de la comunicación del Espíritu.

Es una frase en la que la Trinidad santa aparece como un movimiento puramente dinámico que se dirige hacia nosotros, aunque permaneciendo siempre en la unidad trina.

Esta reflexión explica por qué es difícil distinguir, siendo imposible separarlos, a Jesús, el Hijo, del Espíritu Santo que el mismo Hijo nos envía: porque cada uno está donde está el otro, dando paso al otro.

¿Qué hacen los tres ángeles del icono de Andréi Rubliov, que representa la Trinidad? Se miran uno al otro, se aceptan y al mismo tiempo se ceden mutuamente el lugar como si se tratara de una danza en la que uno se complace en el otro, al mismo tiempo que le cede el paso.

Técnicamente, esto recibe el nombre de *pericorexis* o *circumincessio*.

Uno en torno al otro y cada uno en el otro. Esto hace posible distinguir a Cristo del Espíritu y del Padre.

La palabra es siempre la Palabra de la gracia del Espíritu.

Pues bien, esto quiere decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu lo hacen todo, pero también quiere decir que el hombre tiene que hacer algo: tiene que distinguir lo que vale de lo que no vale, porque se da cuenta de que lo que vale es querer por encima de todo la comunión con el Padre y con el Hijo.

Además de la oración, hay otro camino que vale y nos conduce a la comunión, y es la caridad, porque... ¡no estamos solos en el mundo! Está la humanidad entera y nosotros estamos con y para esta humanidad, para mejorar en lo que podamos su nivel ético y su nivel espiritual.

Por tanto, en la medida en que queramos amar a Dios, tenemos que amar también a nuestros hermanos.

Dios nos ha hecho hermanos porque nos ha hecho a todos hijos del mismo Padre y esta fraternidad ha de poder verse ya en este mundo: no sería correcto amar a Dios, a quien no vemos, y no amar al prójimo, a quien vemos. Hemos de decir, más bien, que amando al prójimo, al que vemos, amamos a Dios, que es invisible .

«Vale» la comunión con Dios, «vale» la oración y «vale» la caridad: aprendamos a discernir, aprendamos a conjugar el verbo «discernir».